

la doncella;—y, tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.—¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz, Sancho: ¡es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor! por quien Dios es, que vuesa merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido.—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo Don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad, ni admite réplica ni disputa.”

CAPÍTULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas, tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

DICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que, llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el márgen dél estaban escritas, de mano del mismo Hamete, estas mismas razones:

No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisimiles; pero esta desta cueva, no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que Don Quijote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte considero, que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que, al tiempo de su fin y muerte, dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias.—Y luego prosigue, diciendo:

* Espantóse el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que, del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea

del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entonces mostraba; porque, si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: "Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio Español* que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que, por lo menos, ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando, al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: *paciencia y barajar*. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba en Francia, y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es, *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades*; y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas, alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es, haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.—Vuesa merced tiene razon, dijo Don Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos.—Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo.—No muchos, respondió Don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que, si me atreviera á decir las, quizá despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos á buscar adónde recogernos esta noche.—No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero, con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.—¿Tiene, por ventura, gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho.—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote; porque no son, los que ahora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma, y comían raices de la tierra. Y no se entienda que, por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos; sino que quiero decir, que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos; á lo menos, yo por

buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador." Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó, y pasó de largo. Don Quijote le dijo: "Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho há menester.—No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque, las armas que veis que aquí llevo, han de servir mañana; y así, me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero, si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez;" y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así; subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco antes de anoecer. Dijo el primo á Don Quijote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió, que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. "Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de Don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!" Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito que delante de ellos iba, caminando no con mucha priesa, y así, le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio, al parecer de sus vestidos, que, al parecer, debian de ser los calzones ó gregüescos, y herreruelo, y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa, defuera; las medias eran de seda, y los zapatos, cuadrados, á uso de córte: la edad, llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años; alegre de rostro, y, al parecer, ágil de su persona: iba cantando seguidillas, para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

"Á la guerra me lleva

mi necesidad;

si tuviera dineros,

no fuera en verdad."